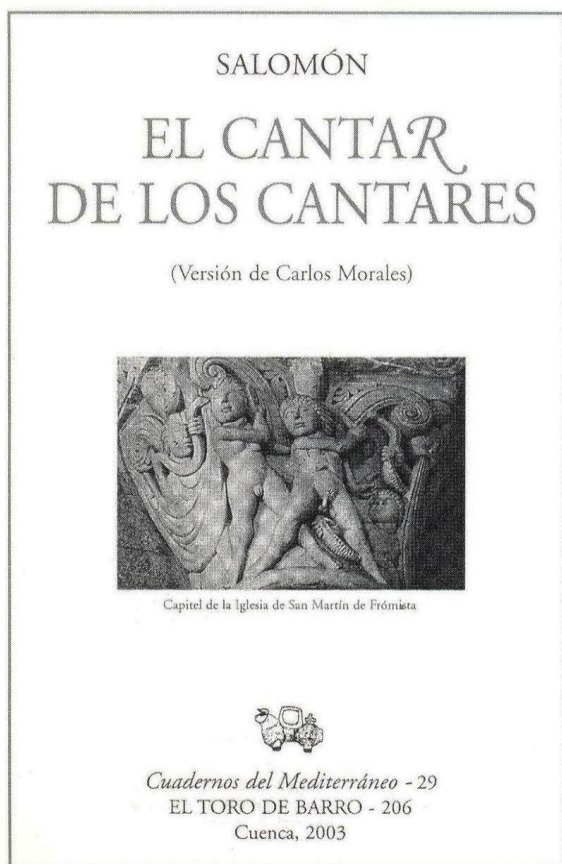


EL CANTAR DE LOS CANTARES DE CARLOS MORALES, UNA OBRA MAESTRA

RESEÑAS

VARDA BENARI



Cuando la primavera consume sus últimos cartuchos, nos ha venido por sorpresa, y para sacudirnos el corazón, una hermosísima “versión” de *El Cantar de los Cantares* publicada en los Cuadernos del Mediterráneo, tal vez la colección más singular y delicada de la editorial manchega El Toro de Barro, una de las más activas del panorama literario español. Su autor, Carlos Morales (conquense como fray Luis de León, pero nacido en 1959), al tiempo que nos anima a “pecar mucho y sabiamente”, consume con ella “casi veinte años de trabajo, papeles rotos y algún que otro amor del rico”, que comenzaron a gestarse en la ciudad gaditana de Zahara para alcanzar su conclusión definitiva tras un grave accidente de tráfico acaecido en noviembre del 2002.

Muchas cosas pueden decirse de esta, en palabras urgentes de Luis María Ansón, “admirable y bellísima” recreación de *El Cantar de los Cantares* que uno de los poetas más carismáticos de la poesía española contemporánea ha puesto a circular.

Decir, para empezar, que Morales ha sacado el poema —una vez más— del contexto bíblico y talmúdico en que nos fue transmitido, pero lo ha hecho sin caer en la tentación de la exégesis erudita de quienes, a toda costa, procuraron mantener sus vínculos con el simbolismo religioso. El poeta conquense, por el contrario, lo ha liberado de ese viejo yugo para ofrecérselo en su más pura carnalidad, como un maravilloso poema de amor enraizado en la vieja tradición de las canciones prenupciales de las culturas semíticas.

En ello radica, precisamente, una de las particularidades más singulares y novedosas de esta “versión”, ese formato dramático que, por lo demás, es tan similar al adoptado por otros muchos cantos de amor que todavía hoy se representan en algunas aldeas hebreas y árabes de Israel como en los viejos tiempos de David y Salomón. En efecto, el poema se nos da ahora dividido en cinco actos distintos en el que se escenifican cinco momentos del encuentro amoroso. En sus diálogos, el poeta conquense ha logrado acolmar con gran naturalidad ese *duetto* entre el amado y la amada que aparecía implícito en otras traducciones pero que nunca había sido formulado con tanta claridad como lo ha hecho

en la suya Carlos Morales, dando solidez a lo que sólo era una indefinida atmósfera literaria.

Aunque no se nos dice, resulta obvio que Carlos Morales ha manejado con fluidez —y parece claro también que con deleite— las traducciones talmúdicas y cristianas, con las que, dejando a un lado su desrealización simbólico-religiosa, la suya no ofrece contradicción alguna, salvo en lo que hace referencia al orden —a veces levemente alterado— de los versos, y a la desaparición de aquellas estrofas finales que fueron posteriormente añadidas al “viejo” *Cantar* pero que, de un modo evidente, no formaban parte del tono amoroso con que el *Cantar* fue concebido en sus orígenes, y ante el que el poeta, en todo momento, ha mantenido una absoluta fidelidad.

En el contexto de las interpretaciones de El *Cantar* como un poema de amor “pagano” y ajeno por completo a la emoción religiosa, la versión del poeta conquense es especialmente cálida y enardecedora. Gran parte del poder que tiene en este sentido esta soberbia “versión” descansa en el genio literario del poeta, que ha sabido dotar a esa típica sucesión de imágenes, tan característica de las lenguas semíticas, pero que, en bastantes momentos de El *Cantar*, se presentaba ciertamente

dislocada –dando pie a profusas controversias sobre su misterioso simbolismo–, de un nexo de unión que las convierte, a todas ellas, en eslabones preciosos de una expresión de la emoción amorosa cargada de una enorme naturalidad; una naturalidad que en otras versiones tanto echábamos en falta y que, en ésta, nos seduce por su solidez.

Cargada también de música. Resulta obvio que la ordenación de las imágenes se ha ajustado en todo momento a los criterios de musicalidad que caracteriza a las antiguas composiciones poéticas escritas para ser cantadas. Sin embargo, salvo las escasas excepciones que apuntan a la métrica impuesta por el también conguense fray Luis de León, el ritmo delicadamente compuesto por Carlos Morales es mucho más variable, dando lugar a sorprendentes combinaciones de compases y tiempos que, a mi parecer, se ajustan más al instinto de quien, desde dentro, ha experimentado la pasión amorosa ensanchada por el *Cantar de los Cantares* que a reglas retóricas de fácil determinación.

Pero, con todas las singularidades que ello comporta, y que hacen especialmente novedosa y enardeciente esta “versión” admirable, su principal atractivo reside, sobre todo, en el enorme poder expresivo que sus imágenes

y sus metáforas han alcanzado en las manos del autor del *Libro del Santo Lapicero*. Imágenes como la que apunta a la hermosa cabeza de la novia “flotando en el aire/ como el Monte Carmelo”, o metáforas como la que hace del novio “una bolsita de mirra” que yace entre los senos de la amada, merecen pasar a la historia de la mejor poesía amorosa de todos los tiempos.

Hemos entrecomillado reiteradamente la palabra “versión”, para significarla y diferenciarla claramente de la palabra “traducción”, cosa que el autor ha hecho con una encomiable humildad pero que, a nuestro juicio, merece, no obstante, algún comentario. Es verdad que no estamos ante una “traducción” literal propia de un filólogo, ni tampoco ante la traducción literaria derivada de una lectura directa de las fuentes hebreas, “a las que he acudido –en palabras del autor– sólo en último término, gracias a mis colegas hebreos, cuando el poder de las imágenes proporcionadas por las traducciones y las versiones que manejaba me rechinaba por una u otra razón”. Pero también lo es que todo intento de traducir literalmente el lenguaje poético hebreo a las lenguas de occidente está condenado al fracaso, toda vez que la poesía hebrea, como todas las lenguas semíticas, se nutren

de la irracionalidad de las imágenes, que solo pueden ser “aprehendidas” o experimentadas desde una irracionalidad semejante, que no es el caso de la irracionalidad occidental. En ese sentido, la “versión” no literal de Carlos Morales, que es la propia de un poeta, de un grandísimo poeta, es una “traducción” mucho más veraz y fiel que muchas de las que se han hecho, y que yo he conocido, del *Cantar de los Cantares*.

El resultado es un poema de gran dinamismo narrativo y de una asombrosa plasticidad que nos permite contemplar en movimiento y llenos de vida propia a los seres y a las cosas, respirarlos, apreciar sus colores y su olor. Una deliciosa pieza dramática que ha renunciado a una lectura simbólica para adentrarse en su naturaleza amorosa con el solo poder enardeciente del lenguaje poético. Una joya que colma plenamente las expectativas de una lectura individual pero que, al mismo tiempo, ofrece a sus versos una sorprendente dimensión utilitaria que compete a los lectores compartir o no con sus amantes. Compárese la de Carlos Morales con la de fray Luis de León: las dos son dos auténticas obras maestras, dos versiones maravillosas para un solo poema de amor; y, con ellas encima de la mesa, piénsese si *El Cantar de los Cantares* es, o no es, cosa de conquenses.

